

quesa de Riánsares lo hizo llevar á palacio para copiarlo, y se quedó con él ó lo vendió.

En su galería ó en su libro de caja se encuentran todos los cuadros y todas las alhajas que se han perdido en España desde hace veinte años.»

«Decíamos en nuestro número anterior que los cuarteles eran vigilados por la policía.

Después hemos sabido que el espionaje vá mas lejos; que se vigilan los cuerpos de guardia, que se vigilan las reuniones de los soldados en los sitios que estos frecuentan mas, que se vigila á los gefes y á los oficiales.

No se tomarian precauciones mas degradantes para asegurarse de la obediencia de un presidio.»

«Como *El Murciélago* es pájaro que revoloteando revoloteando se mete por todas partes, y además tiene un oído muy fino resguardado por unas orejas muy grandes, está enterado de cosas que no todos saben, y que algunos darian la mitad de lo que tienen porque tampoco el nocturno avechucho las supiera.

Una de ellas es la no subasta del servicio del correo entre Cádiz y las islas Canarias.

Cierto comerciante de este último punto, indicó á doña María Cristina que seria una especulacion lucrativa el establecimiento del referido correo, y al momento se sacó á subasta bajo el tipo de 250,000 reales.

Pero sin que nadie hiciera postura, sin que hubiese acto ninguno legal, y sin que el público tuviese el menor conocimiento de lo que pasaba, suponiéndose todo por la autoridad, apareció aproba-

do un remate en 500,000 reales, de los cuales tomó la mitad la duquesa de Riánsares y la otra mitad el proponente, obligándose ambos á hacer el servicio con un buque cada uno.»

«Después de escrito nuestro primer artículo hemos sabido que el presidente del Consejo ha tenido una conferencia con la reina, y manifestando S. M. el temor de que el anticipo forzoso de un semestre de contribucion cause en el pais una profunda alarma, contestó el conde de San Luis, que en otras circunstancias no hubiera dudado un momento en presentar su dimision al oír esta advertencia de los lábios de S. M., pero que en estos momentos la suplicaba que desechára todo temor, y que muy pronto veria que lejos de obligar á los contribuyentes al pago, habia la seguridad de que estos se prestarian á hacer el anticipo voluntariamente y sin el menor disgusto.

Ya lo oyen los contribuyentes.

El gobierno espera que han de dejarse alucinar por el interés que se les ofrece y que ellos mismos han de presentar el cuello para ser pisoteados por los ministros.

El gobierno lo espera todo de sus mismas víctimas para sostenerse en el mando y continuar impunemente en su camino, haciendo mas adelante nuevas exacciones.

Ya lo hemos dicho: esperen los contribuyentes á que se les exija por fuerza el anticipo, y la caída de los ministros vendrá en seguida.

Esperamos con algun fundamento que no han de tener el placer de huir á tierra extranjera á gozar del fruto de sus rapiñas.

No queremos que el pueblo tome la venganza por su mano en un momento de cólera.

Habrá jueces que los condenen, no solamente por haber infringido las leyes, sino por haberse enriquecido por medio del robo.

Entonces pediremos, dando nuestros nombres, que los seis miserables sucumban en un patíbulo, y que este se levante en frente del mismo palacio donde entraron por puertas escusadas y por donde solo entran los ladrones: delante de ese mismo alcázar donde pusieron su inmunda planta, sirviéndoles de juguete el cetro de su soberana.

Este terrible castigo es necesario, y en ese día terminará en España el catálogo de los ministros ladrones.»

«Nuestro último número llegó á manos de S. M. la reina momentos antes de circular por Madrid.

En él hacíamos un llamamiento á las personas que rodean al trono, las cuales han correspondido, en parte, á nuestra escitacion.

Esperamos, sin embargo, de ellas un servicio mas señalado: esperamos, no solo que S. M. lea lo que muchos han podido leer, sino que S. M. oiga lo que algunos no quieren que sepa.

Deseamos que S. M. comprenda lo grave de la situacion que atravesamos y los peligros que amenazan al trono.

Los que sean fieles servidores de su reina, deben sentir, como sentimos nosotros, que la prensa extranjera pronuncie con desprecio su augusto nombre.

Deben lamentarse de que por calles y plazuelas se hable en términos nada decorosos de la vida privada de S. M.

Deben sentir que todo el ódio que inspiran los actuales ministros, venga á recaer sobre la reina, que no les retira su confianza.

Esta odiosidad se va estendiendo cada día mas, y muchos en su desesperacion no vacilarian en derribar al monarca que á tales hombres sostiene.

Observen los hombres imparciales y de nobles sentimientos que están al lado de su reina, la agitacion que se advierte en todas las clases y el cambio que han sufrido las ideas monárquicas en la mayoría del pueblo.

Recuerden que el día en que el regicida Merino asestó un puñal contra la reina, el pueblo en el primer momento de indignacion hubiera despedazado al asesino: á los pocos días ese mismo pueblo hablaba de Merino con asombro y le acompañó mas tarde al suplicio casi con veneracion.

—¿Y por qué ese cambio tan repentino?

Porque el pueblo, fuera del primer impulso de indignacion y pensando friamente en su interés, y en la situacion reaccionaria que entonces atravesábamos, veia en Merino á un hombre muy superior á todos los demás, y este hombre estuvo á punto de trastornar los proyectos reaccionarios de los que mandaban.

Desde el día en que fué arrojado á las llamas el cadáver de Merino, se ha disminuido mucho en España el respeto al monarca, y hoy el pueblo viendo que ha asaltado el poder una cuadrilla de hombres perdidos, y que la reina se obstina en sostenerlos, busca su salvacion, no deseando que se presente otro regicida, sino admitiendo la idea de un cambio de dinastía.

De aquí es que algunos hayan pensado en don Pedro V, otros en el duque de Montpensier.»

En el número 5 y último, que salió á luz el 11 de junio se decia lo siguiente:

«El Consejo real, que en su mayoría es digno de la consideracion del pais, ha fallado contra el señor Rotalde el negocio de la indemnizacion de 80,000 duros por el teatro de Oriente.»

Solo cinco consejeros se declararon partidarios del robo en este inicuo negocio; hé aquí sus nombres: Martinez Almagro, Gallardo, Puche y Bautista, Veluti y el vice-presidente del Consejo señor Martinez de la Rosa, caballero del Toison de oro.

El Murciélagó les tenia ofrecido sacarlos á la vergüenza y cumple fielmente cuanto promete.

En el próximo número dará los nombres de los dignos consejeros que han votado en pro de la moralidad.»

«Doña María Cristina de Borbon de Muñoz, trae un nuevo negocio entre manos, por lo que pueda tronar; la capitalizacion de la pension que saca á los pueblos: parece que esta vez la cosa no pasa de unos 70.000,000: para tales operaciones hacen falta los impuestos extraordinarios.»

A esta señora la ciega la codicia: ni vé que ha robado tanto que nada queda ya que robar, ni vé que ha jugado con el pais de tal manera, que no es imposible que haga en ella un escarmiento saludable, que deje memoria para siempre.»

«Mientras que los oficiales que mas servicios han prestado á su patria sufren postergaciones que les hacen encanecer para recibir por viejos su retiro sin haber pasado de las primeras clases de la milicia, hay mozos como Pepito Arana que llegan en pocos años desde cadete á teniente coronel, sin haber hecho mas que alguna expedicion á los *Sitios reales*.»

Como el duque de San Carlos, á quien un dia causó todo el

sonrojo de que S. E. es capaz, la imprudente pregunta de un príncipe, que al verle ostentar tan bizarros bigotes, tuvo curiosidad de saber cuántas acciones habia mandado, obligando al duque á hacer la triste confesion de que ignoraba teórica y prácticamente lo que es una accion de guerra.

No dirémos nada de la faja de Riánsares, porque este al fin es príncipe de la casa de Muñoz.»

«Hay quien teme que á estos ministros sucedan en el poder otros peores. ¡Imposible, si ya murió Candelas!»

«Cuando se le dice al conde de San Luis que corren rumores de crisis, contesta fingiendo tranquilidad: — «que su caida ha de costar mucha sangre.»

Después de haber gastado muchos millones en colocar al lado de la reina algunos espías encargados de sostenerle, cree el conde de San Luis que esto basta y que puede desafiar desde su puesto á los hombres honrados de todos los partidos. En su ceguedad no dudaria un momento en derramar sangre; así lo creemos.

Es un miserable aventurero y nada pierde en probar fortuna.

¿Qué le importa al conde de San Luis que mueran defendiéndole algunos pobres torpemente engañados?

Si saliera vencido, una silla de posta y algunos millones en el extranjero le asegurarian una buena retirada.

A los desgraciados que pudieran morir por culpa suya, que los entierren; y el padre, la viuda ó el hijo, que derramen abundantes lágrimas, mientras él se rie en tierra estraña de sus enemigos y de sus defensores.»

.

Hasta aquí *El Murciélago*, del cual ni una sola línea nos place prohibir.

Respondemos de nuestras aseveraciones; pero no de las ajenas, y únicamente las dejamos aquí consignadas para que vean nuestros lectores lo bien que los conservadores saben pintarse á sí mismos, y el concepto que los moderados que aspiraban al poder tenían formado de los moderados que le ejercían; y que cuando á los señores de las *conveniencias parlamentarias* les conviene, también saben hablar con cierto desenfado, que ¡vive Dios! no le va en zaga á la mas republicana franqueza.

Lo cierto es que la indignacion general arreciaba por momentos, y uno de aquellos dias hallóse en el tocador de la reina el siguiente papel sin fecha ni firma alguna:

«Señora: Vuestros fieles súbditos, amantes de vuestra real persona y dinastía, han sabido con pena que por parte de algunas personas siniestramente interesadas, se trata de estraviar el recto juicio de V. M. y los maternales sentimientos que abriga en su alma.

Ellas se atreven á suponer que la oposicion casi unánime de vuestros grandes y vuestros altos dignatarios y de todo el país al actual ministerio, es oposicion y hostilidad á vuestra real persona, sagrada para los españoles.

Y si esas personas, señora, amáran y respetáran verdaderamente á V. M., no osarian hacer suposicion tan irreverente como absurda. Pero es lo cierto, señora, que en los que combaten al ministerio San Luis está el amor del trono y de la dinastía, y que los que á aquel defienden y por defenderlo calumnian vilmente á los mas calificados y leales súbditos de V. M., ni son á V. M. leales, ni aman vuestro trono y dinastía.

El conde de San Luis fué quien por octubre de 1849 calificó en un periódico suyo de *capricho necio y veleidad insensata*, la libre eleccion que hizo V. M. de un ministerio bajo la presidencia del conde de Cleonard: palabras, señora, que llenaron de dolor á todos vuestros súbditos leales, porque en ellas vieron atacada vuestra inviolable persona, y por primera vez quebrantado el tradicional respeto de esta nacion á sus reyes.

Mas tarde, cuando V. M. nombró el ministerio Bravo-Murillo, dió el conde de San Luis con sus amigos aquel grosero escándalo en el Congreso que hizo la disolucion de este inevitable; y durante el largo período en que V. M. distinguió con su confianza al ministerio Bravo-Murillo, no cesó un momento de hostilizarlo el mismo conde de San Luis, ya en su periódico con destemplanza inaudita, ya coligándose con los progresistas en las elecciones, ya conspirando públicamente y pretendiendo en su despecho que el país negase á V. M. la debida obediencia y respeto, precipitándose tras él por la funesta senda de las revoluciones.

A un hombre que habia ya vendido la confianza y el respeto de V. M., señalándose por sus tendencias anárquicas en las filas de la oposicion, ni le quedaba mas que vender á la oposicion misma, y lo hizo con efecto, pasándose al ministerio Roncali en cuanto este ofreció satisfacciones á su vanidad insolente y empleos á sus codiciosos amigos.

Pero ni siquiera supo ser en esta nueva traicion firme y consecuente.

Fingiéndose amigo del ministerio Roncali, y del que V. M. llamó luego á sus consejos, estuvo acechando la ocasion de derribarlos, sorprendiendo y estraviando vuestro benévolo y justo ánimo.

Asombro os ha de causar, señora, el saber que por parte del conde de San Luis y sus parciales se escribieron y publicaron términos de horrible y sacrilega injuria contra V. M., atribuyéndolos luego á la oposicion, y acusando pérfidamente al ministerio Lersundi de poco eficaz en defender vuestra honra, que es la honra de los españoles.

Nada mas cierto sin embargo; y cuantas personas de honor y de verdad y de desinterés consulte V. M. confirmarán los hechos que van anotados.

El conde de San Luis ni ama ni respeta á V. M.; aspira solo á mandar y á enriquecerse á vuestra augusta sombra.

Pobre, ignorante y de baja cuna, ha debido en pocos años á su inmoralidad el ser mas que ninguno de vuestros grandes en opulencia, y tanto en títulos y honores, como los que han sacrificado la propia sangre y la hacienda de sus mayores por salvar al trono y á la nacion en los dias difíciles.

Nada era, nada tenia, y el pais le contempla hoy ocupando una posicion que no justifica ninguna cualidad suya, y vuestros súbditos le ven dueño de cuantiosos bienes de dia en dia acrecentados con nuevas adquisiciones, que no por hacerlas de ordinario á nombre de sus cómplices son menos notorias.

Solo el conde de San Luis podia por su ineptitud sufrir una derrota como la que ha sufrido en el Senado; solo él por su inmoralidad y soberbia puede tener en oposicion á todos los hombres respetables del pais, y descontentos y pesarosos á cuantos de veras os aman.

Parapetando su pequeñez detrás del trono, preferiria, si fuera posible tamaño infortunio, que V. M. descendiera de su trono á retirarse él de los negocios.

¿Y es semejante hombre quien osa ofrecer su proteccion al trono y acusar á los grandes, á los altos dignatarios, á la leal nacion española, de combatir en su abyecta persona la sagrada persona de V. M.?

Vuestros súbditos, señora, desean moralidad y justicia: por no hallarlas en los anteriores ministerios los han combatido: no querian que burlasen la maternal solicitud de V. M. los especuladores y agiotistas interesados en los caminos de hierro.

Pero si el haber combatido á los ministerios anteriores fuera una falta, ¿no los ha combatido tambien el conde de San Luis?

Basta, señora, de reflexiones.

V. M. ama tiernamente á sus hijos, y no querrá que yendo á nacer acaso el heredero de la monarquía estén tan afligidos sus súbditos bajo la vergonzosa férula del director del *Heraldo* y de sus cómplices.

No desea otra cosa el pais entero que la ocasion de ofrecer á V. M. un testimonio del tierno y respetuoso cariño que guarda siempre para su bondadosa y noble reina.

Elija V. M. nuevos consejeros entre los hombres que quedan de independenciam, de moralidad y de justicia, y todo será júbilo en el pais, y el alumbramiento de su adorada reina será señal para él de una nueva época que le haga olvidar la tristísima que vá atravesando.

Señora: A. L. R. P. de V. M.—Vuestros súbditos mas leales.»

La precedente esposicion hizo una sensacion profunda en el ánimo de la reina.

Se aglomeraban tantos combustibles, que los polacos no podian dejar de temer las consecuencias de un general incendio.

Por todas partes se notaban síntomas de próximos sucesos extraordinarios.

Y estos sucesos no podían ser favorables á la execrable pandilla de aventureros que ejercía el poder.

Todos los ministros temblaban de miedo.

Sus resoluciones adolecían de esa imprudencia que surge del desasosiego del alma.

Y cuando mayores eran sus temores, una nueva ocurrencia debía escitar la alarma y el sobresalto en el PALACIO DE LOS CRÍMENES; y en efecto, puso en la mayor confusión á los *polacos*.

Nos referimos á la ocultación de O'Donnell que será objeto del próximo capítulo.



CAPITULO XIII.

VICTOR EL CAZADOR.

Retorna á tus hogares,
retorna, cazador,
y premie tus fatigas
el lauro vencedor.

Tu valor,
cazador,
premie el lauro vencedor. (1)

Una de las figuras que mas descuellan entre el grupo de valientes que inauguraron el glorioso alzamiento de 1854, es á no dudar el general O'Donnell.

¡Ojalá hubiera correspondido posteriormente á las esperanzas del pueblo!

El 17 de enero supo que estaba firmada la orden de su destierro, y viendo que eran ya infructuosos los medios legales para der-

(1) Estos versos y cuantos alternan con la prosa de este capítulo, están tomados de la zarzuela *El Valle de Andorra*.